

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## CONVERGER, CONCURRIR

**CONVERSAR** es converger, es decir, concurrir en un punto aunque las líneas partan de posiciones originarias distintas. El arte de la conversación, de tanta y tan ilustre progenie, lleva en la vida moderna trazas de extinguirse. Muchas y diversas concusas amenazan la libre concurrencia de opiniones como antaño se practicara. Una puede ser la prisa, especie de maldición que atenaza al hombre contemporáneo esclavizando sus horas en el tráfico de las ocupaciones cotidianas. Otra es, seguramente, el escaso sosiego de que disfruta el consumidor, última y atroz versión del habitante de las urbes, prisionero de las necesidades reales o sugeridas por el hipnótico poder de la publicidad. Añádase el mínimo tiempo que resta para la lectura que nos revela el pensamiento ajeno. Un libro es siempre un testimonio y una expresión, especie de confesión íntima de un alma ante los problemas de su época. Se lee poco, hoy día, acaso por la premura, quizás por la pereza mental, quién sabe si por temor a que las ideas novedosas pudieran alterar el sesteo de lo establecido. No hace mucho, un amigo que ocupa relevante posición en su campo profesional me declaraba no haber tenido margen suficiente para abrir un volumen desde hace más de un año. Me lo decía compungido, consciente de que esa desconexión con el mundo pensante le privaba sin duda de perspectivas realistas, más ajustadas al cambiante horizonte de su propio ámbito científico.

La conversación en España languidece de día en día. En salones y tertulias, de la capital o de provincias, el fluido verbal que comunicaba entre sí a los seres, sirviendo de espolque y de fecundo contraste a unos y a otros, decae visiblemente para hacerse, específicamente, temática deportiva o taurina, cuando no partida de naipes exclusiva e implacable, salpimentada de la crítica de pecados ajenos. Excepción frecuente es también la estadística emulación de pérdidas o piezas cobradas, en hecatómbicas cacerías. De temas de índole general, de problemas que interesan a la comunidad, de la riada tumultuosa que invade laboratorios, centros de pensamiento, círculos políticos, núcleos literarios, ámbitos universitarios, cenobios religiosos, cenáculos profesionales, no ya de España sino del mundo entero, convulso y estremecido por el gigantesco nacimiento de una cultura nueva, apenas hay rastro en las conversaciones habituales. Existe como un temor, sacrosanto y medieval, a que nadie se asome a esa tremenda mutación, sobrecogedora, en efecto, pero inevitable por otra parte y en cuyo caudal nos hallamos sumergi-

dos, casi sin darnos cuenta. No se quieren saber noticias de ese contexto que nos llega, porque se presupone pudiera alterar el «status» del establecimiento y la rítmica y melodiosa cadencia del bienestar logrado. También hay muchos que recelan de que el discurso conversacional pueda rozar la ortodoxia política o acabar en el mantenimiento de posiciones doctrinales que acaso malograrán el éxito o la continuidad de pingües condominios. La prudencia aconseja el retraimiento, origina el silencio y deja solamente encendida la llama de la adulación. La hipocresía —homenaje que el temor rinde al poder— brota entonces como la hierba de los caminos después del incandescente chubasco.

Y sin embargo ¡qué caudal de enseñanzas, qué dialéctica carga de argumentos, qué libre academia de raciocinio de primera mano, eran las conversaciones de antaño! Recuerdo de mis años juveniles lo que fue la tertulia bilbaína que presidía don Pedro Eguillor, especie de Sócrates ambulante por las calles de la Villa, repleto de periódicos, desbordante de ideas, parlador incontinente. Con su traza de «clergyman» irlandés, mitad Renan, mitad Chesterton, la blanca guedeja bajo el ancho sombrero y la negra mirada ardiente, inquisitiva, apremiante. Recalaba su corpulenta humanidad a primera hora de la tarde en un rincón del café al que concurrían los habituales: periodistas, escritores, funcionarios, profesionales, políticos. A nadie se exigía tarjeta, ni se levantaban para acudir a la reunión aduanas doctrinales. El tono era ciertamente nacional, quiero decir henchido de apasionado interés por los problemas del país, pero la libertad de espíritu y palabra, totales. Don Pedro, como pajero mayor, lanzaba de pronto el ave de mil colores que volaba sobre la reunión, en cuya persecución verbal y mental intervenían unos y otros. Se hablaba de todo y de todos: personajes nacionales y extranjeros; últimas novedades literarias y artísticas; conflictos internacionales; ideologías; polémicas religiosas; descubrimientos científicos. Alguien leía un poema inédito, un artículo en cuartillas, una carta de Unamuno o de Maeztu o la crítica de una exposición celebrada en París o en Roma. Subía y bajaba la discusión como las mareas de la ría en función de la densidad lunática. Citaba Montaigne a Montaigne, Rafael Mazas a Maquiavelo, Fernando Quadra al Canciller Ayala, Ramón de Bastera al «Virulo» de su Intervención poética. Parecía caótica la conversación a los profanos que en veladores cercanos se atenían al chocolate con bollo, mirando con respeto y curiosidad el desarrollo de aquel parnaso dialogante. Y sin embargo, existía una secreta armonía entre aquellos hombres

disparos, como la que funciona en las esferas celestes entre las antagónicas órbitas planetarias.

La conversación se muere. Si, como decía el clásico, es aquella una imagen del espíritu, fuerza será reconocer una baja en el nivel de la floración intelectual de nuestros días. La Rochefoucauld, que era maestro en reuniones dialogantes, explicó muy bien cuál era el secreto que hacía funcionar esas pláticas. «No es un problema de ingenio, sino de confianza», escribió. Sin ese consenso mínimo, previo, de confianza mutua, no hay manera de abrir el pensamiento a los demás. Una asamblea de desconfiados será siempre una tertulia muda.

En la conversación se originaron muchas cosas básicas para nuestra cultura. El sistema socrático inició el peregrinar del hombre por las sendas de la filosofía occidental, en interminables coloquios de maestros y discípulos. Y ¿no es el relato evangélico como un permanente diálogo entre el Maestro divino y sus seguidores? El Renacimiento, según cuenta Burckhardt, fue en realidad como una simultánea fermentación de locutores intelectuales a lo largo de Europa. Así también, la Ilustración, la Revolución francesa, por supuesto, y el Romanticismo.

Nuestro siglo español ha conocido numerosas conversaciones sistemáticas de largo alcance. Cito solamente como ejemplo, las del Ateneo de Madrid, las de «Acción Española» y las de la «Revista de Occidente», con su altísimo nivel cultural. Baroja era un ser dialogante y conversacional por excelencia. Así lo era también Unamuno, que explicaba aquello de que el almuerzo se hacía para tomar café. Y el café para iniciar en su torno la tertulia. De ella salían, artículos, soliloquios y ensayos que previamente habían sido probados, en el frontón verbal de las conversaciones cotidianas.

La conversación es el exponente visible de la convivencia intelectual, el intercambio de los pensamientos íntimos, la destreza de los argumentos dialécticos; la necesidad de reconocer en el pluralismo de las opiniones ajenas, el límite de las certezas propias y la sombra inevitable de las incertidumbres.

En el siglo XVIII, cuando las tertulias de los Amigos del País que promovía nuestro Rey Carlos III examinaban los caminos del progreso que conducían a la renovación cultural y científica, se llamaba a este contacto oral de la conversación el «comercio de las ideas» como contrapuesto al dogmático y regresivo estanco de los principios.

José María de AREILZA

## PERPLEJIDADES

# EL NUEVO RAPTO DE EUROPA

La verdad es que eso de «Europa» suena bien. Para los europeos, por supuesto. E incluso demasiado bien. Ante el topónimo, las personas cultivadas tienden a reaccionar afectuosamente, y piensan en Sócrates, en Eurípides, en las calzadas romanas, en algunos emperadores y papas de la buena época, en el canto llano, en Erasmo, en Rafael, en Bach, en Voltaire, en Goethe, en Paul Valéry, en el inmigrado Eliot. Otros individuos, sin tanto «cultivo», añoran el «Orden Nuevo», con su Hitler y todo, y, de paso, provocan pretextos para desconfiar de la humanidad marginal, circuncisa o no, y de los colores más diversos... Pero, de momento, la «Europa» tangible, la «Europa» real e institucionalizada, es la de las cancillerías. Ya se sabe: el Mercado Común. En esta vida, todo empieza por el principio: digamos el duro. El Mercado Común no se inventó para defender el Partenón, la «Divina Comedia» y el «Faust», sino para organizar los negocios del vecindario. El fantasma de Hitler parece —sólo «parece»— abolido: en todo caso, los pequeños megalómanos nacionalistas distan mucho de disfrutar la oportunidad del Führer. Un asunto de dinero: de comida, de jornales, de publicidad, de transportes, de becas, de fábricas, de telecanciones, de medicamentos, de todo eso. La vida es compraventa. Digan lo que digan los filósofos, el Estagirita, el Aquinata, Descartes, Spinoza, Hegel, Heidegger, los asépticos escolares de la Lógica Matemática: compraventa.

De la compraventa surgió la «Europa de los Seis». Los Seis han pasado a Diez, estos días. La ampliación afecta a la mismísima Gran Bretaña —Pérfida Albión—, para los íntimos—, cuyos mandamases, con la habitual sensatez local, han abandonado casi en un abrir y cerrar de ojos el mítico «aislamiento» de la hegemonía. En realidad, Inglaterra nunca fue una «isla»: fue exactamente una potencia hegemónica, y muy hegemónica, cosa que pudo confundirse con lo otro. Se acabó lo que se daba, y el Reino Unido descendió en el escalafón, como la Francia tozudamente capeto-napoleónico-polincarreana, como las subalternas pero sólidas «compañías de Indias» y «hansas» y sargentadas prusianas. La compraventa fluctúa según los extraños mecanismos de la producción: formas y medios y usos de la «producción». El li-

ahora, es enorme, e implica nociones y hechos tan complejos, que los profesionales de la Economía se ven apurados para explicarlos. Yo soy profano en la materia, y me abstengo de opinar. Pero salta a la vista el mar de fondo. Simplificando: el humilde duro de cada cual, ganado con el sudor de su frente, y valga el tropo, es objeto de encarnizadas disputas. Unos señores se propusieron atrincherar su duro, y montaron el Mercado Común. Frente a unos competidores. El tinte político del asunto viene después: El Mercado Común es de derechas: es la Derecha eterna y repentinamente ágil. Su «rival» no siempre es la Izquierda: pongamos la URSS. Más bien los USA. O el Japón. O el vacío, si bien se mira.

El episodio presenta facetas alucinantes. Sin darnos cuenta, asistimos al entierro de eso que técnicamente deberíamos llamar «Estado nacional». No afirmo que el «Estado» esté a punto de desaparecer, pero por ahí van los tiros. La primera muralla que se derrumba es la sacrosanta idea de la «frontera». O sea: las aduanas y los pasaportes. Las burocracias estatales, y sus profesores de Derecho Político, pusieron en circulación, hace poco más de un siglo, el extraño concepto de «soberanía». La «soberanía» se reflejaba, en anécdota extremosa, a través de los aranceles y de los visados. Cada «Estado» se reservaba la discreción de manipular estos resortes, y los adornaban con banderas y poseía lírica. La base territorial del poder lo decidía. El Mercado Común ha atenuado la vidriosidad del «límite». No tardarán en plantearse otras suavizaciones. Al día siguiente de entrar Gran Bretaña en la «Europa de la Compraventa», ya hubo papeles impresos de Londres que pedían una moneda común, una prensa mancomunada, unas oficinas supranacionales. Sin duda, era el entusiasmo del neófito. Los súbditos de Su Graciosa Majestad todavía no han tenido tiempo de aprender el sistema métrico decimal para la contabilidad y para las distancias. «Aún no asamos ya pringamos». Pero su prisa es elocuente. La compraventa, subyacente, se impone: la «soberanía» ingresa en el tierno, irónico mundo de lo «camp». Si el lector me permite la franqueza, lo actualizaré así: ya no se puede ser numantino. Y mejor: hay que incorporarse a otra

Numancia, más vasta y con mejores expectativas de resistir.

Leyendo el periódico, a veces, me siento inclinado a recordar las monografías de don Ramón d'Abadal. Todos aquellos «embolics» de condes, abades, marqueses, que el señor Abadal sacaba de sus pergaminos, eran tensiones de «soberanía». Tal vez, aquí, el término «soberanía» resulte anacrónico. Pero el final del proceso fue un tipo concreto de «unidad». Aquella «unidad» fue Cataluña. Y de Abadal paso a don Eugenio. D'Ors vaticinaba un futuro en el cual los «Estados» de hoy serían lo que en este mismo instante representan los títulos antiguos de la aristocracia: ducados, condados, principados, etcétera. Esa «Europa» de los «eurocratas» se precipita a ser un «Superestado». La fórmula tímida, en los escritos técnicos, es «federación». El Mercado Común es una federación vergonzante, y ya veremos en qué acaba. La «Europa» en trámite, ¿a qué llevaría? Cuando los billetes de banco, los sellos de correo y los carnets de identidad se hagan «comunes», la reina de Inglaterra, el presidente de la República Francesa, y las restantes dignidades «estatales» del Mercado Común pasarán a ser el equivalente de los Ducados de Alba, de Medina-Sidonia o de Liria. Xenius habría acertado en su previsión. La pregunta «Europa unida» no podrá prescindir de sus reyes y de sus presidentes de república. Pero el «euro-dólar» —la euro-libra, el euro-franco, el euro-marco, y el euro-piripipi— se sobrepondrá a las dinastías y a los comicios jacobinos. La compraventa «dicta».

Y si cité a Numancia, no es a humo de pajas. En mi país —que es el País Valenciano, para lo que ustedes quieran mandar—, todavía hay quien cree que la relación España-Europa puede referirse al apollinado dilema proteccionismo-librecambismo. El emblema proteccionismo-Numancia es gracioso, desde luego. Lo denuncian quienes lo esperan todo del librecambismo-Europa: gente que vende naranjas, por ejemplo. En mi pueblo, intentamos vender arroz, y la cuestión es muy diferente: somos proteccionistas. Pero ¿qué pretenden los aparentes «librecambistas» de hoy? Sencillamente, participar de los beneficios del «proteccionismo» del Mercado Común. El Mercado Común es eso: un «proteccionismo», de área amplia. Es un

«mercado», en definitiva. No salimos de la esfera de la compraventa. Las «naciones» apopléticamente basadas en la retórica historicista, nunca pasaron de ser «mercados nacionales». Los «mercados» son cerrados: ámbitos definidos, corpusculares, con independencia de su tamaño. Los tradicionales «librecambistas» valencianos —reducidamente valencianos: de la Ribera Alta, de la Safor, de la Plana Alta y Baixa, del Camp de Morvedre— se han erizado numantidamente ante la perspectiva de que la fruta de Marruecos transite por territorio español... Todo es Numancia, por poco que se exciten los ánimos. La compraventa no se chupa el dedo, y es proteccionista o librecambista según le conviene.

También merece atención, y de nuevo a nivel «europeo», la perplejidad «oficial» de los marxistas. No me refiero al marxismo alegre, de variantes tupamaras, pseudomaquiastas y del Mayo del 68, sino a los partidos con doctrina regular y jerarquía notoria. El Mercado Común les fastidió. No sólo porque era y es una maniobra hábil del Neocapitalismo, sino porque alteraba sus rutinas «nacionales». Los sacristanes del comunismo han malentendido a Lenin, tanto o más que los otros a Santo Tomás, y la pequeña historia del PCF respecto a Argelia, sin ir más lejos, no pudo ser más triste. De hecho, y en buena lógica, el «proletariado» existe en función de la «burguesía»: en función de una compraventa básica, que es la de la mano de obra. Los partidos comunistas de la Europa occidental —la «Europa» de que hablamos— han hecho todo lo posible por ignorar que el Mercado Común era una «fatalidad» de la compraventa. El «mercado» que la burguesía reestructuraba ya no era «nacional». Nunca lo fue en Argelia, o muy poco, y el partido de Aragón y Eluard —no digo de Garaudy o de Lefevre, personajillos tontos y subalternos— metió la pata. Como siempre, quien lleva la sartén por el mango no exige puntualizaciones. El Mercado Común y sus compraventas constituyen una mención obvia... Si la Europa de los Diez es «útil» —para salir del paso (utopías aparte)—, conviene que los interesados la enfoquen con un limpio, honesto, rápido cinismo: El de la compraventa...

Joan FUSTER



EL CINE FAMILIAR  
OBSEQUIE CON PELICULAS

8 y Super 8  
ALQUILER Y VENTA  
RAMBLA, 116, entlo., 1.ª Tel. 222-42-35

COCINAS Y BAÑOS

REFORMAS

Proyectos y presupuestos  
sin compromiso

Consulten: LOPSA, Lauria 47, 2ª  
Barcelona-9 Tel. 222-56-17 y 221-03-38

TARTAMUDEZ

Corrección en 7 clases indiv., presentes  
los páps. Lauria, 13. Tel. 222-46-90



TORRE DE RONDA

Una torre de apartamentos para ganar  
(como mínimo) un  
9% de rentabilidad neta

NUEVA ANDALUCIA

MARBELLA \* COSTA DEL SOL

INFORMES: locatour Internacional, S. A. Mayor de Gracia, 91

VISITEN EN EL SALON NAUTICO

228 08 08 - Telex 52256